

CASTELLANO/SPANISCH**PROLOGO**

Franz Kafka, La Verdad sobre Sancho Panza

Sancho Panza, que por lo demás nunca se jactó de ello, logró, con el correr de los años, mediante la composición de una cantidad de novelas de caballería y de bandoleros, en horas del atardecer y de la noche, apartar a tal punto de sí a su demonio, al que luego dio el nombre de don Quijote, que este se lanzó irrefrenablemente a las más locas aventuras, las cuales empero, por falta de un objeto predeterminado, y que precisamente hubiese debido ser Sancho Panza, no hicieron daño a nadie. Sancho Panza, hombre libre, siguió imparable, quizás en razón de un cierto sentido de la responsabilidad, a don Quijote en sus andanzas, alcanzando con ello un grande y útil esparcimiento hasta su fin.

Miguel de Cervantes

El Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha

SZENE I

Al duque de Béjar

Marqués de Gibraleón, conde de Benalcázar y Bañares, vizconde de La Puebla de Alcocer, señor de las villas de Capilla, Curiel y Burguillos (...) que, poniendo los ojos la prudencia de Vuestra Excelencia en mi buen deseo, fío que no desdeñará la cortedad de tan humilde servicio.

Prólogo

Desocupado lector, sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse. (...) (Pero) Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte a conocer tan noble y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien, a mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas. Y con esto, Dios te dé salud, (...)

Gandalín, escudero de Amadís de Gaula, a Sancho Panza, escudero de don Quijote

Salve, varón famoso, a quien Fortuna,
Cuando en el trato escuderil te puso,
Tan blanda y cuerdate lo dispuso,
Que lo pasaste sin desgracia alguna.

Ya la azada o la hoz poco repugna
Al andante ejercicio; ya está en uso

La llaneza escudera, con que acuso
Al soberbio que intenta hollar la luna.
Envidio a tu jumento y a tu nombre,
Y a tus alforjas igualmente envidio,
Que mostraron tu cuerda providencia.
Salve otra vez, ¡oh Sancho!, tan buen hombre,
Que a solo tú nuestro español Ovidio
Con buzcrona te hace reverencia.

Del Donoso, poeta entreverado, a Sancho Panza

Soy Sancho Panza, escude-
Del manchego don Quijo-;
Puse pies en polvo-
Por vivir a lo discre-
Que el tácito Villadie-
Toda su razón de esta-
Cifró en una retira-
Según siente Celesti-
Libro, en mi opinión, divi-
Si encubriera más lo huma-

SZENE II

Capítulo 1.I

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. (...) - don Quijote de la Mancha.

Capítulo 1.VII

(...) Don Quijote solicitó a un labrador vecino suyo, de nombre Sancho Panza, hombre de bien, pero de muy poca sal en la mollera. En resolución, (...) tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale, don Quijote que se dispusiese a ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura, que ganase alguna ínsula, y le dejase a él por gobernador della. Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza dejó su mujer y hijos (...) Él dijo que pensaba llevar un asno que tenía muy bueno, porque él no estaba duecho a andar mucho a pie. (...) Todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, (...) una noche se salieron del lugar sin que persona los viese; en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarían aunque los buscasen. Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y bota, con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le había prometido. (...)

„Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido; que yo la sabré gobernar, por grande que sea.“

SZENE III

Capítulo 1.VIII

En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo (...) Y, diciendo esto, don Quijote dio de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que, sin duda alguna, eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho (...)

-¡Válame Dios! -dijo Sancho-. ¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, (...)

Y, ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. (...) Díjole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia, se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy de su espacio, y de cuando en cuando empinaba la bota, con tanto gusto, que le pudiera envidiar el más regalado bodegonero de Málaga. (...) Toda aquella noche no durmió don Quijote, (...) No la pasó así Sancho Panza; que, como tenía el estómago lleno, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no lo llamara, los rayos del sol, que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que, muchas y muy regocijadamente, la venida del nuevo día saludaban. (...)

SZENE IV

Capítulo X

Mandó don Quijote a Sancho volver a la ciudad, y que no volviese a su presencia sin haber primero hablado de su parte a su señora, pidiéndola (...) se dignase de echarle su bendición, para que pudiese esperar por ella felicísimos sucesos de todos sus acometimientos y dificultosas empresas. Encargóse Sancho de hacerlo así como se le mandaba, y de traerle (...) buena respuesta (...).

Esto dicho, volvió Sancho las espaldas y (...) no menos confuso y pensativo se apartó de su señor, y sentándose al pie de un árbol, comenzó a hablar consigo mismo y a decirse:

-Sepamos agora, Sancho hermano, adónde va vuesa merced. ¿Va a buscar algún jumento que se le haya perdido? - No, por cierto.

- Pues ¿qué va a buscar? - Voy a buscar, como quien no dice nada, a una princesa, y en ella al sol de la hermosura y a todo el cielo junto.

- Y ¿adónde pensáis hallar eso que decís, Sancho? -¿Adónde? En la gran ciudad del Toboso.

-Y bien, y ¿de parte de quién la vais a buscar? -De parte del famoso caballero don Quijote de la Mancha, que desfaze los tuertos, y da de comer al que ha sed, y de beber al que ha hambre.

- Todo eso está muy bien. Y ¿sabéis su casa, Sancho? - Mi amo dice que han de ser unos reales palacios, o unos soberbios alcázares.

-Y ¿habéisla visto algún día por ventura? - Ni yo ni mi amo la habemos visto jamás.

-Y ¿paréceos que fuera acertado y bien hecho que si los del Toboso supiesen que estáis vos aquí con intención de ir a sonsacarles sus princesas y a desasosegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas a puros palos, y no os dejasen hueso sano? (...)

¡El diablo, el diablo me ha metido a mí en esto, que otro no! (...) - Ahora bien, todas las cosas tienen remedio, si no es la muerte. Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun también yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, (...) Siendo, pues, loco, como lo es, (...) no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea; y cuando él no lo crea, juraré yo; y si él jurare, tornaré yo a jurar; y si porfiare, porfiaré yo más, y de manera, que tengo de tener la mía siempre sobre el hito, venga lo que viniere.

Con esto que pensó Sancho Panza quedó sosegado su espíritu, (...) y deteniéndose allí hasta la tarde, por dar lugar a que don Quijote pensase que le había tenido para ir y volver del Toboso; y sucedióle todo tan bien, que cuando se levantó para subir en el rucio vio que del Toboso hacia donde él estaba venían tres labradoras sobre tres borricas, por ser ordinaria caballería de las

aldeanas; así como Sancho vio a las labradoras, a paso tirado volvió a buscar a su señor don Quijote, diciendole que (...) no tenía más que (...) picar a Rocinante y salir a lo raso a ver a la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas venia a verle. (...) Y diciendo esto, se adelantó a recibir a las tres aldeanas;

-Reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recibir en su gracia y buen talento al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos de verse ante vuestra magnífica presencia. (...) -¡Oh princesa y señora universal del Toboso! ¿Cómo vuestro magnánimo corazón no se enternece viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia a la coluna y sustento de la andante caballería? (...)

¡Oh encantadores aciagos y mal intencionados! (...) Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo, y, finalmente, todas sus faciones de buenas en malas, sin que le tocárades en el olor; que por él siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debajo de aquella fea corteza; aunque, para decir verdad, nunca yo vi su fealdad, sino su hermosura, a la cual subía de punto y quilates un lunar que tenía sobre el labio derecho, a manera de bigote, con siete o ocho cabellos rubios como hebras de oro y largos de más de un palmo. (...)

Y harto tenía que hacer el socarrón de Sancho en disimular la risa, oyendo las sandeces de su amo, tan delicadamente engañado. (...)

SZENE V

Capítulo XXXV

-Yo soy Merlín, aquel que las historias
Dicen que tuve por mi padre al diablo (...)
En las cavernas lóbregas de Dite, (...)
Llegó la voz doliente de la bella
Y sin par Dulcinea del Toboso.
Supe su encantamento y su desgracia,
Y su transformación de gentil dama
En rústica aldeana; (...)
Después de haber revuelto cien mil libros (...)
A ti digo, ¡oh varón como se debe
Por jamás alabado! (...)
Que para recobrar su estado primo
La sin par Dulcinea del Toboso,
Es menester que Sancho

Se dé tres mil azotes y trecientos
En ambas sus valientes posaderas,
Al aire descubiertas, y de modo,
Que le escuezan, le amarguen y le enfaden.

(...) ...a mí no me ha de tocar alguna mano. ¿Parí yo por ventura a la señora Dulcinea del Toboso, para que paguen mis posas (...). El señor mi amo sí que es parte suya; pues la llama a cada paso mi vida, mi alma, sustento y arrimo suyo, (...) el debe (...) hacer todas las diligencias necesarias para su desencanto; pero ¿azotarme yo...? Abernuncio. (...)

(Interludio)

-¡Ea, pues, a la mano de Dios! Yo consiento en mi mala ventura; digo que yo acepto la penitencia, con las condiciones apuntadas.

Apenas dijo estas últimas palabras Sancho, cuando volvió a sonar la música de las chirimías (...) y al pasar la hermosa Dulcinea, inclinó la cabeza (...) y hizo una gran reverencia a Sancho. (...)

SZENE VI

Capítulo XLII

(...) -Mirad, amigo Sancho: (...) Lo que puedo dar os (...) es una ínsula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, y sobremanera fértil y abundadosa, donde si vos os sabéis dar mañana, podéis con las riquezas de la tierra granjear las del cielo.

-Ahora bien venga esa ínsula; que yo pugaré por ser tal gobernador, que, a pesar de bellacos, me vaya al cielo (...).

- (...) Yo espero que seréis tal gobernador como vuestro juicio promete; y esta tarde os acomodarán del traje conveniente que habéis de llevar, y de todas las cosas necesarias a vuestra partida.

-Vístanme como quisieren; que de cualquier manera que vaya vestido, seré Sancho Panza. (...)

Capítulo XLV

(...) Al llegar a las puertas de la villa (...), salió el regimiento del pueblo a recibirle; tocaron las campanas, y todos los vecinos dieron muestras de general alegría, y con mucha pompa le llevaron a la iglesia mayor a dar gracias a Dios, y luego le entregaron las llaves del pueblo y le admitieron por

perpetuo gobernador de la ínsula Barataria.(...) A este instante entraron en el juzgado dos hombres, el uno vestido de labrador y el otro de sastre, porque traía unas tijeras en la mano, y el sastre dijo:

-Señor gobernador, yo y este hombre labrador venimos ante vuesa merced en razón que este buen hombre llegó a mi tienda ayer (que yo, con perdón de los presentes, soy sastre examinado, que Dios sea bendito), y poniéndome un pedazo de paño en las manos, me preguntó: «Señor, ¿habría en esto paño harto para hacerme una caperuza?» Yo, tanteando el paño, le respondí que sí; él debióse de imaginar, a lo que yo imagino, e imaginé bien, que sin duda yo le quería hurtar alguna parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinión de los sastres, y replicóme que mirase si habría para dos; adivinéle el pensamiento y díjele que sí; y él, caballero en su dañada y primera intención, fue añadiendo caperuzas, y yo añadiendo síes, hasta que llegamos a cinco caperuzas; y ahora en este punto acaba de venir por ellas; yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura; antes me pide que le pague o vuelva su paño.

-¿Es todo esto así, hermano? -preguntó Sancho.

-Sí, señor; (...) pero hágale vuesa merced que muestre las cinco caperuzas que me ha hecho. (...)

Y el sastre sacando en continente la mano debajo del herreruelo, mostró en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dijo:

-He aquí las cinco caperuzas que este buen hombre me pide, y en Dios y en mi conciencia que no me ha quedado nada del paño, y yo daré la obra a vista de veedores del oficio.

(...) Sancho se puso a considerar un poco

(...): -Paréceme que en este pleito no ha de haber largas dilaciones, sino juzgar luego a juicio de buen varón; y así, yo doy por sentencia que el sastre pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperuzas se lleven a los presos de la cárcel, y no haya más.

Y se hizo lo que mandó el gobernador; (...)

Capítulo LIII

(...) Sancho (...) oyó tan gran ruido de campanas y de voces, que no parecía sino que toda la ínsula se hundía. Sentóse en la cama, y estuvo atento y escuchando por ver si daba en la cuenta de lo que

podía ser la causa de tan grande alboroto; pero no sólo no lo supo, pero añadiéndose al ruido de voces y campanas el de infinitas trompetas y atambores, quedó más confuso y lleno de temor y espanto; y sin ponerse sobrerropa de levantar, ni cosa que se pareciese, salió a la puerta de su aposento (...)

(Interludio - Shintaro Imai)

-Levántenme. Yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir y suplicar a algún amigo, si es que le tengo, que me dé un trago de vino, que me seco, y me enjague este sudor, que me hago agua. (...)

Limpiáronle, trujéronle el vino, desliáronle los paveses, sentóse sobre su lecho, y desmayóse del temor, del sobresalto y del trabajo. (...) Al haber vuelto en sí (...) preguntó qué hora era; respondiéronle que ya amanecía. Calló, y sin decir otra cosa, comenzó a vestirse. En fin, y poco a poco, porque estaba molido y no podía ir mucho a mucho, se fue a la caballeriza, siguiéndole todos los que allí se hallaban, y, llegándose al rucio, le abrazó y le dio un beso de paz en la frente, y no sin lágrimas en los ojos, le dijo:

-Venid vos acá, compañero mío, y amigo mío, y conllevador de mis trabajos y miserias: cuando yo me avenía con vos y no tenía otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos y de sustentar vuestro corpezuelo, dichas eran mis horas, mis días y mis años; pero después que os dejé, y me subí sobre las torres de la ambición y de la soberbia, se me han entrado por el alma dentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos.

-Abrid camino, señores míos, y dejadme volver a mi antigua libertad: dejadme que vaya a buscar la vida pasada, para que me resucite de esta muerte presente. Yo no nací para ser gobernador, ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas. (...) Mejor me está a mí una hoz en la mano que un cetro de gobernador; (...) y más quiero recostarme a la sombra de una encina en el verano, y arroparme con un zamarro de dos pelos en el invierno, en mi libertad, que acostarme con la sujeción del gobierno entre sábanas de Holanda. Vuestas mercedes se queden con Dios, (...) ni pierdo ni gano: quiero decir que sin blanca entré en este gobierno, y sin ella salgo. Y apártense: déjenme ir, que me voy a bizmar; que creo que tengo brumadas todas las costillas, merced a los enemigos que esta noche se han paseado sobre mí. (...)

Todos vinieron en ello, y le dejaron ir ofreciéndole todo aquello que quisiese para la comodidad de su viaje. Sancho dijo que no quería más de un poco de cebada para el rucio y medio queso y medio pan para él; Abrazáronle todos, y él, llorando, abrazó a todos, y los dejó admirados, así de sus razones como de su determinación tan resoluta y tan discreta.

SZENE VII

Capítulo LXXIII

(...) Finalmente, rodeados del pueblo entero, entraron en el mismo, (...) al quien ya habían llegado las nuevas de su venida. Ni más ni menos se las habían dado a Teresa Panza, mujer de Sancho, la cual, desgreñada y medio desnuda, trayendo de la mano a Sanchica su hija, acudió a ver a su marido; y viéndole no tan bien adeliñado como ella se pensaba que había de estar un gobernador, le dijo:

-¿Cómo venís así, marido mío, que me parece que venís a pie y despeado, y más traéis semejanza de desgobernado que de gobernador?

-Calla, Teresa ... Dineros traigo, que es lo que importa, ganados por mi industria, sin daño de nadie.

Capítulo LXXIV

(...) -¡Ay! (...) No se muera vuesa merced, (...) sino tome mi consejo, y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, (...). Vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada. (...)

Pero en los días que vivió se desmayaba muy a menudo. Andaba la casa alborotada; pero, con todo, comía la Sobrina, brindaba el Ama, y se regocijaba Sancho Panza; que esto del heredar algo borra o templa en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto. En fin, llegó el último de don Quijote, después de recibidos todos los sacramentos y (...) entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu: (...)

DEUTSCH**VORSPANN****Franz Kafka, Die Wahrheit über Sancho Pansa**

Sancho Pansa, der sich übrigens dessen nie gerühmt hat, gelang es im Laufe der Jahre, in den Abend- und Nachtstunden durch Beistellung einer Menge Ritter- und Räuberromane seinen Teufel, dem er später den Namen Don Quichote gab, derart von sich abzulenken, daß dieser dann haltlos die verrücktesten Taten ausführte, die aber mangels ihrer vorbestimmten Gegenstandes, der eben Sancho Pansa hätte sein sollen, niemandem schadeten. Sancho Pansa, ein freier Mann, folgte gleichmütig, vielleicht aus einem gewissen Verantwortlichkeitsgefühl, dem Don Quichote auf seinen Zügen und hatte davon eine große und nützliche Unterhaltung bis an sein Ende.

aus: Miguel de Cervantes, El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, deutsch von Ludwig Tieck

I. ZUM GELEIT
Widmung

Dem Herzog von Bejar, Marques von Gibraleon, Grafen von Bencalcazar, Bañares und Alcocer, Herrn der Städte Capilla, Curiel und Burguillos, denn wenn Eure Exzellenz Ihre helle Einsicht auf meine gute Absicht richten, so werden Sie, wie ich hoffe, die Geringfügigkeit eines so unbedeutenden Dienstes nicht verschmähen.

Prolog

Müßiger Leser! – Ohne Schwur magst du mir glauben, daß ich wünsche, dieses Buch, das Kind meines Geistes, wäre das schönste, lieblichste und verständigste, das man sich nur vorstellen kann. Ich will dir den Dienst nicht sehr hoch anrechnen, den ich dir damit erweise, daß ich dich mit einem so merkwürdigen und ehrenvollen Ritter bekannt mache; aber das verlange ich von dir, daß du mir für die Bekanntschaft seines berühmten Stallmeisters Sancho Pansa danken sollst, in welchem ich alle stallmeisterliche Lieblichkeit, die in den Scharen der unnützen Ritterbücher zerstreut ist, habe vereinigen wollen. Und hiermit Gott befohlen! Vale!

Sonett - Gandalin, Stallmeister des Amaris von Galillia,
an Sancho Pansa, Stallmeister des Don Quixote

Gegrüßt sei, großer Mann, dem Heil und Glücke,
Als sie ihn in Stallmeisterdienste stellten,
Mit Sanftmut und Verstand so alles hellten,
Daß er sie überstand ohn' Schimpf und Tücke.

Die Sichel, Hacke und der Pflug sind Stücke
Nicht Ritterschaft zuwider, jetzt darf gelten
Schlichtheit des Knappen: Darum muß ich schelten
Den Stolzen, der zum Mond sucht eine Brücke;
Daß ich nicht Esel, Namen von dir habe!
Auch auf den Schnappsack ist mein Neid
gerichtet,
Worin sich deine kluge Vorsicht zeigt.
Nochmals begrüßt, o Sancho, wackrer Knabe,
Von dem der spanische Ovid gedichtet,
Der sich mit einer Kopfnuß vor dir neiget.

Sonett - Der Dichter, der Scherzende,
an Sancho Pansa

Sancho Pansa ich Stallmei—
Des Manchaners Don Quixo—
Immer bin ich fortgeflo—
Mich als klugen Mann zu zei—
Hasenpanier zu ergrei—
Ist die beste Staatsmaxi—
Feldherrn rühmt das Retiri—
Das ist Celestinens Leh—
Dieses Buchs, das himmlisch wä—
Wenn es Ird'sches mehr verschwie—

II. SANCHO FOLGT DON QUIXOTE
(Band I, Kap. 1 & 7)

Sprecher - In einem Dorfe von la Mancha, dessen Namen ich mich nicht entsinnen mag, lebte unlängst ein Edler, einer von denen, die eine Lanze auf dem Vorplatz haben, einen alten Schild, einen dünnen Klepper und einen Jagdhund: Don Quixote von la Mancha.

Sprecher - Dieser handelte mit einem Bauer, genannt Sancho Pansa, seinem Nachbar, einem für wacker geltenden Manne, der aber nicht sonderlichen Witz im Kopfe hatte. Kurz, diesem schwatzte er so viel vor, daß der gute Landmann sich entschloß, mit ihm auszuziehen und ihm als sein Stallmeister zu dienen. Don Quixote sagte ihm, daß es für ihn der größte Gewinn sei, mit ihm zu ziehen, denn es könnte ihm sehr leicht ein Abenteuer aufstoßen, in dem er, irgendeine Insula gewönne, über die er ihn zum Statthalter setzen wolle. Auf diese Versprechungen hin verließ Sancho Pansa Frau und Kinder.

Er versprach, daß er selbst einen Esel mitnehmen wolle, der sehr wacker sei, denn er besitze nicht die Gabe, viel zu Fuß zu laufen. Als nun alles getan und vollbracht, zogen sie in einer Nacht, ohne daß Sancho von Frau und Kindern Abschied genommen, aus dem Dorfe aus, wobei sie kein Auge bemerkte und sie so eilig reisten, daß sie mit Tagesanbruch sicher waren, nicht eingeholt zu werden, wenn man sie auch aufsuchen sollte.

Sancho Pansa zog auf seinem Tiere mit Schnappsack und Schlauch wie ein Patriarch einher, indem er sich schon in seinen Gedanken als den Statthalter der Insula sah, die ihm sein Herr versprochen hatte.

Sancho - »Schaut auch, Herr irrender Ritter, wohl zu, daß Ihr das nicht vergeßt, was Ihr mir von wegen der Insula versprochen habt, ich will sie gewiß statthaltern, und wäre sie noch so groß.«

III. DER KAMPF GEGEN DIE WINDMÜHLEN
(Band I, Kap.8)

Sprecher - Indem sahen sie wohl dreißig bis vierzig Windmühlen, die auf jenem Felde stehen. Und mit diesen Worten gab Don Quijote seinem Pferde Rozinante die Sporen, ohne auf die Stimme seines Stallmeisters Sancho zu achten, der ihm noch immer nachrief, daß es ganz gewiß Windmühlen und nicht Riesen wären, was er angreifen wollte. Aber er war so fest von den Riesen überzeugt, daß er nicht nach der Stimme seines Stallmeisters Sancho hörte.

(Zwischenspiel)

Sancho - »Gott steh uns bei! Sagte ich's Euer Gnaden nicht, daß Ihr zusehen möchtet, was Ihr tötet, und daß es nur Windmühlen wären.«

Sprecher - Worauf er ihn auf den Rozinante setzte, der halb buglahm war. Sancho sagte, daß er bedenken möge, wie es Zeit sei, zu essen. Sein Herr erwiderte, daß er aber essen könne, wann er wolle. Mit dieser Erlaubnis richtete sich Sancho auf seinem Tiere so bequem ein, als er nur konnte; er nahm aus dem Schnappsacke, was er hineingepackt hatte, und so folgte er reitend und essend seinem Herrn sehr gemächlich, indem er von Zeit zu Zeit den Schlauch mit so vielem Behagen an den Mund setzte, daß ihn der ausgelernteste Gastwirt von Malaga hätte beneiden können. Don Quixote aber schlief die ganze Nacht hindurch nicht. Nicht also trieb es Sancho Pansa, der, da er den Magen angefüllt hatte, die ganze Nacht aus einem Stücke schlief und auch nachher nicht erwacht wäre, wenn ihn sein Herr nicht aufgeweckt hätte, denn die Strahlen der Sonne, die ihm auf das Gesicht schienen, sowie der Gesang der Vögel, die von allen Zweigen mit jubelndem Gesange die Ankunft des neuen Tages feierten, vermochten es nicht.

IV. DIE VERZAUBERUNG DULCINEAS
(Band II, Kap.10)

Sprecher - Don Quixote befahl Sancho, nach der Stadt zurückzukehren und zu ihm nicht eher zurückzukommen, bis er mit seiner Dame

seinerseits gesprochen habe, sie anflehend, daß sie von der Gnade sei, ihm ihren Segen zu erteilen, damit er hoffen könne, für sie alle seine Unternehmungen und die schwierigsten Kämpfe mit glücklichem Erfolge gekrönt zu sehen. Sancho nahm es über sich, alles so auszurichten, wie er es befahl, und ihm eine gute Antwort zurückzubringen. Nachdem dieses gesprochen war, wandte sich Sancho um und trieb den Grauen an, und entfernte sich, er setzte sich am Fuße eines Baumes nieder und fing auf folgende Weise an mit sich selber zu sprechen:

Sancho (im Selbstgespräch) - »Nun, mein Freund Sancho, wohin geht's denn mit Euer Gnaden? Gehst du etwa aus, einen Esel zu suchen, der dir verlorengegangen ist?

- Nein, wahrhaftig nicht.

- Nun, was willst du denn suchen?

- Ich will, wie man mir aufgetragen hat, eine Prinzessin suchen und in ihr zugleich die Sonne der Schönheit, nebst dem ganzen Himmel zusammengenommen.

- Und wo denkt Ihr denn dieses Ding zu finden, Sancho?

- Wo? In der großen Stadt Toboso.

- Nun gut, und von wes seiten zieht Ihr aus, sie zu suchen?

- Von seiten des berühmten Ritters Don Quixote von la Mancha, der die Krümmen zerstört und denen zu essen gibt, die durstig sind, und denen zu trinken, die Hunger haben. - Nun, so weit geht alles noch recht gut. Wißt Ihr denn aber das Haus, Sancho?

- Mein Herr sagt, es wären etliche königliche Paläste oder mehrere sehr prachtvolle Burgen. - Und habt Ihr sie denn schon sonst einmal gesehen?

- Weder ich noch mein Herr haben sie jemals mit Augen gesehen.

- Und meint Ihr denn, daß das ein gutes Ende nähme, wenn die aus Toboso wüßten, daß Ihr Euch gegenwärtig mit der Absicht hier befindet, ihnen ihre Prinzessinnen fortzuschleppen und ihre Damen aufrührisch zu machen; wenn sie nun kämen und Euch die Rippen mit dürren Hölzern so zerklopften, daß Ihr kein gesundes Gebein behieltet?«

Sancho - »Der Teufel, der Teufel hat mich in diesen Verdruß gebracht, und niemand sonst... Frisch auf! Für alle Dinge gibt es ein Mittel. Dieser mein Herr hat durch tausend Proben bewiesen, daß er toll ist, und ich lasse mich auch darin nicht lumpen; denn ich bin noch dummköpfiger wie er, weil ich ihm folge und ihm diene. Da er nun toll ist, so wird es auch nicht schwerhalten, ihn glauben zu

machen, eine Bauerndirne, die erste die beste, die ich finde, sei die Dame Dulcinea. Und wenn er's nicht glaubt, so schwör ich; schwört er, schwör ich von neuem; besteht er auf seinem Nein, so bleibe ich noch mehr bei meinem Ja.«

Sprecher - Mit dieser Erfindung blieb er nur noch bis Nachmittage sitzen, damit Don Quixote denken konnte, er habe diese Zeit gebraucht, um nach Toboso zu gehen und zurückzukommen. Auch gelang es ihm so gut, daß, als er wieder aufstand, seinen Grauen zu besteigen, er von Toboso drei Bäuerinnen auf sich zukommen sah, die auf drei jungen Eselinnen waren. Kurz, sowie Sancho die Bäuerinnen gewahr wurde, ritt er im Trabe zu seinem Herrn Don Quixote zurück, ihm mitteilend, dass er weiter nichts zu tun habe, als dem Rozinante die Sporen zu geben und ins Freie zu reiten, um die Dame Dulcinea von Toboso zu sehen, die mit zwei von ihren Jungfrauen kömmt, um ihn zu besuchen. Und mit diesen Worten entfernte er sich wieder, um den Bäuerinnen entgegenzugehen:

Sancho - »Königin und Prinzessin und Herzogin der Schönheit, Eure Hochmütigkeit und Größe sei von der Gnade, zu ihrem Dienste und Wohlgefallen jenen Euren gefangenen Ritter aufzunehmen, der dort wie ein Marmorstein steht, so verwirrt und ohne Leben, sich in Eurer kostbaren Gegenwart zu befinden. O Prinzessin und Universaldame von Toboso, wird denn Euer großmütiges Herz nicht gerührt, wenn es vor Eurer sublimierten Gegenwart die Säule und Stütze der irrenden Ritterschaft knien sieht?«

Sancho - »O ihr niederträchtigen und schlecht denkenden Zauberer! Es wäre ja wohl genug gewesen, ihr Spitzbuben, daß ihr die Perlenaugen meiner Dame in Galläpfel verwandelt habt, ihre Haare vom reinsten Golde in die Borsten eines nichtswürdigen Kuhschwanzes, und kurz, alle ihre trefflichen Eigenschaften in schlechte; ohne sie gerade am Geruch anzutasten, so daß wir aus ihm wenigstens abgenommen hätten, was unter der häßlichen Rinde verborgen liege; obgleich ich, die Wahrheit zu gestehen, nichts von ihrer Häßlichkeit, sondern nur ihre Schönheit gesehen habe, woran das Allerschönste und Zarteste ein Mal war, das sie unter der rechten Wange hatte, nach Art eines Schnauzbartes, mit sieben oder acht rötlichen Haaren, wie Strahlen von Gold und so lang wie meine Hand.«

Sprecher - Und es wurde dem Schelm Sancho sauer, sein Lachen zu verbergen, da er diese Narrheiten seines Herrn hörte, den er auf so feine Art betrogen hatte.

V. DIE ENTTAUBERUNG DULCINEAS
(Band II, Kap.35)

Merlin - »Ich bin Merlin, von welchem die Geschichten
Erzählen, daß der Teufel mich erzeugte.
In Ditis dunkelvollen Höhlungen,
Traf mich die Klagestimme von der schönen
Und hohen Dulcinea von Toboso;
Ich sah ihr Unglück, die Bezauberung
Und die Verwandlung aus feiner Dame In
Bauerndirne.
Nachdem ich aufschlug hunderttausend Bücher
Sag ich dir, Held, dir, nimmermehr genug
Gepriesen nach Verdienst,
Daß, in den vor'gen Zustand zu versetzen
Die hohe Dulcinea von Toboso,
Es nötig tut, daß Sancho
Sich geb dreitausendunddreihundert Streiche
Auf seinen beiden mächt'gen Hinterteilen,
Der Luft entblößt, und zwar auf solche Weise,
Daß sie ihn schmerzen, kränken und verdrießen.«

Sancho - »Gar keine Hand soll mich durchaus nicht anrühren. Habe ich denn etwa die Dame Dulcinea von Toboso zur Welt gebracht, daß mein Hinterer das büßen soll? Meinem Herren, ei! dem steht es zu – denn sie ist ein Teil von ihm, und er nennt sie alle Augenblicke ›mein Leben‹, ›meine Seele‹, seine Stütze und seinen Stab –, der muß allen nötigen Fleiß auf ihre Entzauberung wenden; aber daß ich mich geißeln sollte? Abernuncio.«

(Zwischenspiel)

Sancho - »Nun, in Gottes Namen denn, ich willige in mein Unglück, ich nehme, sag ich, die Buße auf mich, unter den festgesetzten Bedingungen.«

Sprecher - Kaum hatte Sancho diese letzten Worte gesprochen, als sich die Musik der Flöten von neuem hören ließ, und im Vorbeifahren neigte die schöne Dulcinea das Haupt und machte dem Sancho eine tiefe Verbeugung.

VI. SANCHO ALS STATTHALTER
(Band II, Kap.42)

Einsetzung

Herzog - »Bedenkt, Freund Sancho, ich gebe Euch eine kleine, feine Insel, die dick und fest und wohlgebauet ist und fruchtbar über die Maßen, und wenn Ihr sie gut zu handhaben wißt, so könnt Ihr mit den Gütern der Erde die Himmelsgüte gewinnen.«

Sancho - »In Gottes Namen, mag diese Insel kommen, denn ich will mich ins Zeug werfen und

ein solcher Statthalter sein, daß ich den Gottlosen zum Trotz in den Himmel komme.«

Herzog - »Ich hoffe, daß Ihr ein solcher Statthalter sein werdet, wie es Euer Verstand verspricht, und dabei mag es sein Bewenden haben; heute abend wird man Euch den Anzug besorgen, den Ihr braucht, sowie alle Dinge, die zu Eurer Abreise nötig sind.«

Sancho - »Sie mögen mich anziehen, wie sie immer wollen, denn wie ich auch gekleidet sein mag, so werde ich doch Sancho Pansa bleiben.«

(Band II, Kap.45)

Sprecher - Als er sich den Toren der Stadt näherte, kam ihm der Magistrat entgegen, um ihn zu empfangen; man läutete die Glocken, alle Einwohner bezeugten eine außerordentliche Fröhlichkeit und führten ihn in großem Pomp zur Hauptkirche, um Gott Dank zu sagen; worauf sie ihm die Schlüssel der Stadt übergaben und ihn zum beständigen Statthalter der Insel Barataria annahmen.

Sancho als Richter

Sprecher - In demselben Augenblick traten zwei Menschen vor Gericht, der eine wie ein Bauer gekleidet und der andere wie ein Schneider, denn er hatte eine Schere in der Hand, und der Schneider sagte:

Schneider - »Herr Statthalter, ich und dieser Bauersmann treten vor Euer Gnaden, aus der Ursache, daß dieser gute Mann gestern in meinen Laden kam, denn ich bin mit der gütigen Erlaubnis aller Anwesenden, Gott sei Lob und Dank, ein Schneidermeister; er gab mir ein Stück Tuch in die Hände und fragte mich: ›Mein Herr, ist dieses Tuch wohl hinreichend, mir eine Mütze daraus zu machen?‹ Ich befühlte das Tuch und antwortete ja; er mußte wohl denken, wie ich denke und mit Recht denke, daß ich ihm ohne Zweifel ein Stück von dem Tuche stehlen wolle, welcher Gedanke von seiner Bosheit und aus der schlechten Meinung herrührt, die man von den Schneidern hat; er versetzte mir daher, ich möchte doch zusehen, ob es nicht für zwei genug wäre; ich erriet seine Gedanken und sagte ja, und er, auf seine verfluchte Einbildung versessen, fügte noch mehr Mützen hinzu, und ich fügte meine Jas hinzu, bis wir endlich bei fünf Mützen stehenblieben, und da er nun jetzt gekommen ist, um sie abzuholen, und ich sie ihm auslieferere, will er mir das Macherlohn nicht bezahlen, sondern fordert, daß ich ihm sein Tuch wiedergeben oder es bezahlen soll.«

Sancho - »Ist dem allen so, Freund?«

Bauer - »Ja, gnädiger Herr, aber laßt Euch doch einmal die fünf Mützen von ihm zeigen, die er mir gemacht hat.«

Sprecher - Und zugleich nahm der Schneider die Hand unter dem Mantel hervor und zeigte fünf Mützchen, die er auf seinen fünf Fingerspitzen sitzen hatte, und sagte:

Schneider - »Hier sind die fünf Mützen, die dieser Mensch von mir gefordert hat, und bei Gott und meinem Gewissen! mir ist von dem Tuche nichts übriggeblieben, und ich bin erbötig, die Arbeit von den Gewerkmeistern besichtigen zu lassen.«

Sprecher - Sancho bedachte sich ein Weilchen:

Sancho - »Es scheint mir, daß bei diesem Prozesse keine weitläufige Untersuchung nötig sei, sondern man kann ihn sogleich nach dem gesunden Menschenverstande zu Ende bringen, und daher spreche ich dieses Urteil, daß der Schneider sein Macherlohn verliert und der Bauer sein Tuch, die Mützen aber sollen den Gefangenen im Kerker abgeliefert werden, und damit gut.«

Sprecher - Und es geschah, was der Statthalter befohlen hatte.

(Band II, Kap.53)

Sancho wird in einen Kampf verwickelt

Sprecher - Sancho hörte plötzlich ein großes Lärmen von Glocken und Geschrei, so als wenn die ganze Insel zugrunde gehen sollte. Er setzte sich im Bette aufrecht und horchte aufmerksam hin, ob er nicht herausbringen möchte, was die Ursache dieses gewaltigen Aufruhrs sei; er erfuhr es aber nicht nur nicht, sondern, da das Gelärme der Stimmen und der Glocken sich noch durch unzählige Trommeln und Trompeten vermehrte, wurde er nur noch verwirrter und voller Furcht und Schrecken; und ohne einen Schlafrock oder irgend etwas anderes überzuwerfen, trat er in dem Augenblick an die Tür seines Zimmers.

(Zwischenspiel, Musik: Shintaro Imai)

Sancho - »Hebt mich auf. Ich verlange keinen Teil an der Beute von den Feinden, sondern einen Schluck Wein, denn ich bin ganz trocken, und daß er mir den Schweiß abtrockne, denn ich fließe ganz auseinander.«

Sprecher - Sie trockneten ihn, brachten den Wein, banden die Schilde los, er setzte sich auf sein Bett

und fiel von dem Schrecken, der Angst und den Schmerzen in Ohnmacht.

Als er wieder zu sich kam, fragte er, welche Zeit es sei; sie antworteten, daß der Morgen schon anbreche. Er schwieg still, und ohne etwas anderes zu sagen, fing er an sich anzuziehen. Er war nun angekleidet, und leise, leise, denn er war ermattet und konnte nicht schnell und heftig gehen, begab er sich nach dem Stalle, wohin ihm alle folgten, die sich zugegen befanden; hier ging er auf den Grauen zu, umarmte ihn und gab ihm einen Kuß des Friedens auf die Stirn, worauf er nicht ohne Tränen in die Worte ausbrach:

Sancho - »Komm du zu mir her, mein Gefährte, mein Freund und Mitträger meiner Leiden und Nöten, als ich mit dir noch Kamerad war und ich keine anderen Gedanken hatte, als deinen Sattel und Zeug immer im Stande zu halten und dein Bäuchelchen zu füttern, waren meine Stunden, Tage und Jahre glücklich; aber seit ich dich verließ und mich auf die Türme des Stolzes und der Hoffart begab, sind mir tausend Leiden in die Seele gefahren, tausend Mühseligkeiten und viertausend Bekümmernisse.«

Sancho dankt ab

Sancho - »Macht Platz, meine Herren, und laßt mich in meine vorige Freiheit zurück; laßt mich mein ehemaliges Leben wieder suchen, damit ich von diesem gegenwärtigen Tode wieder auferstehe. Ich bin nicht dazu gemacht, Statthalter zu sein oder Inseln oder Städte zu verteidigen, die von den Feinden, den ersten besten, bestürmt werden. In meiner Hand nimmt sich eine Sichel besser aus als das Szepter des Statthalters; ich will mich im Sommer lieber im Schatten einer Eiche ausruhen und mich im Winter nach meiner Gemächlichkeit in zwei Schafpelze wickeln als bei der Qual der Statthalterschaft auf dem feinsten Leinen liegen. Gott behüte Euch, meine Herren, ohne einen Dreier bin ich in die Statthalterschaft gekommen, und ebenso ziehe ich wieder hinaus: Platz denn und laßt mich gehen, ich will mir Pflaster auflegen lassen, denn ich glaube, daß mir alle Rippen zerbrochen sind; dank sei es den

Feinden, die diese Nacht über mich herspazierten.«

Sprecher - Alle stimmten darin ein und ließen ihn ziehen, indem sie ihm noch alles anboten, was er zur Bequemlichkeit seiner Reise nur verlangen möchte. Sancho sagte, daß er nur etwas Gerste für den Grauen und ein Stück Brot und Käse für sich begehre. Alle umarmten ihn, und er umarmte mit Tränen alle und ließ sie sowohl über seine Reden als über seinen ebenso schnellen als verständigen Entschluß verwundert zurück.

VII. SANCHOS RÜCKKEHR
(Band II, Kap.73)

Sprecher - Von der ganzen Dorfschaft umringt, kamen sie im Dorfe an. Es fehlte auch nicht, daß die Neuigkeiten nicht schon Teresa Pansa, die Frau des Sancho, gehört hätte, welche mit niederhängenden Haaren und halb nackt gelaufen kam, ihre Tochter Sanchica an der Hand, um ihren Mann zu sehen, und da sie ihn nicht so herrlich fand, wie sie glaubte, daß ein Statthalter aussehen müsse, sagte sie zu ihm:

Teresa - »So kommst du daher, Mann, zu Fuß und abgerissen, und siehst mehr wie ein Stadtknecht aus als wie ein Statthalter.«

Sancho - »Beruhige dich, Teresa. Ich bringe Geld mit, das ist die Hauptsache, durch meinen Fleiß und ohne jemandes Schaden erworben.«

VIII. DON QUIXOTE STIRBT
(Band II, Kap.74)

Sprecher - Aber in den Tagen, welche er noch lebte, befielen ihn Ohnmachten häufig. Das ganze Haus war in Verwirrung; aber dessenungeachtet aß die Nichte, die Haushälterin trank, und Sancho Pansa war munter, denn etwas zu erben vertilgt oder mäßigt doch im Gedächtnisse des Erben den Schmerz, welcher den Sterbenden begleiten muß. Endlich erschien die letzte Stunde des Don Quixote, nachdem er alle Sakramente empfangen und unter den Klagen und Tränen aller, die sich zugegen befanden, seinen Geist aufgab.

ENGLISH

Franz Kafka - The Truth About Sancho Panza

Without making any boast of it Sancho Panza succeeded in the course of years, by devouring a great number of romances of chivalry and adventure in the evening and night hours, in so diverting from him his demon, whom he later called Don Quixote, that his demon thereupon set out in perfect freedom on the maddest exploits, which, however, for the lack of a preordained object, which should have been Sancho Panza himself, harmed nobody. A free man, Sancho Panza philosophically followed Don Quixote on his crusades, perhaps out of a sense of responsibility, and had of them a great and edifying entertainment to the end of his days.

Miguel de Cervantes - El Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha
English translation: John Ormsby)

Prologue

To the Duke of Bejar, Marquis of Gibrleon, Count of Benalcazar and Banares, Vice-Count of the Puebla de Alcocer, Master of the Towns of Capilla, Curiel, and Burguillos: (...) It is my earnest hope that Your Excellency's good counsel in regard to my honourable purpose, will not disdain the littleness of so humble a service.

Idle reader: thou mayest believe me without any oath that I would this book, as it is the child of my brain, were the fairest, gayest, and cleverest that could be imagined. (...) I have no desire to magnify the service I render thee in making thee acquainted with so renowned and honoured a knight, but I do desire thy thanks for the acquaintance thou wilt make with the famous Sancho Panza, his squire, in whom, to my thinking, I have given thee condensed all the squirely drolleries that are scattered through the swarm of the vain books of chivalry. And so—may God give thee health, (...)

GANDALIN, SQUIRE OF AMADIS OF GAUL
 To Sancho Panza, squire of Don Quixote
 SONNET

All hail, illustrious man! Fortune, when she
 Bound thee apprentice to the esquire trade,
 Her care and tenderness of thee displayed,
 Shaping thy course from misadventure free.

No longer now doth proud knight-errantry
 Regard with scorn the sickle and the spade;
 Of towering arrogance less count is made

Than of plain esquire-like simplicity.

I envy thee thy Dapple, and thy name,
 And those alforjas thou wast wont to stuff
 With comforts that thy providence proclaim.

Excellent Sancho! hail to thee again!
 To thee alone the Ovid of our Spain
 Does homage with the rustic kiss and cuff.

FROM EL DONOSO, THE MOTLEY POET
 On Sancho Panza and Rocinante
 ON SANCHO

I am the esquire Sancho Pan—
 Who served Don Quixote of La Man—;
 But from his service I retreat—,
 Resolved to pass my life discreet—;
 For Villadiego, called the Si—,
 Maintained that only in reti—
 Was found the secret of well-be—,
 According to the “Celesti—:”
 A book divine, except for sin—
 By speech too plain, in my opin—

*

In a village of La Mancha, the name of which I have no desire to call to mind, there lived not long since one of those gentlemen that keep a lance in the lance-rack, an old buckler, a lean hack, and a greyhound for coursing. (...) - Don Quixote of La Mancha (...)

Meanwhile Don Quixote worked upon a farm labourer, a neighbour of his, an honest man (if indeed that title can be given to him who is poor), but with very little wit in his pate. In a word, he so talked him over, and with such persuasions and promises, that the poor clown made up his mind to sally forth with him and serve him as esquire. Don Quixote, among other things, told him he ought to be ready to go with him gladly, because any moment an adventure might occur that might win an island in the twinkling of an eye and leave him governor of it. On these and the like promises Sancho Panza (for so the labourer was called) left wife and children, and engaged himself as esquire to his neighbour. (...) The other said he would, and that he meant to take also a very good ass he had, as he was not much given to going on foot. (...) all which being done, without taking leave, Sancho Panza of his wife and children (...), they sallied forth unseen by anybody from the village one night, and made such good way in the course of it that by daylight they held themselves safe from discovery, even should search be made for them.

Sancho rode on his ass like a patriarch, with his alforjas and bota, and longing to see himself soon governor of the island his master had promised him. (...)

*

“Your worship will take care, Senor Knight-errant, not to forget about the island you have promised me, for be it ever so big I’ll be equal to governing it.”

At this point they came in sight of thirty forty windmills that there are on plain, (...) So saying, he gave the spur to his steed Rocinante, heedless of the cries his squire Sancho sent after him, warning him that most certainly they were windmills and not giants he was going to attack. (...)

“God bless me!” said Sancho, “did I not tell your worship to mind what you were about, for they were only windmills? (...) and helping him to rise got him up again on Rocinante, whose shoulder was half out; (...)

Sancho bade him remember it was dinner-time, to which his master answered that he wanted nothing himself just then, but that he might eat when he had a mind. With this permission Sancho settled himself as comfortably as he could on his beast, and taking out of the alforjas what he had stowed away in them, he jogged along behind his master munching deliberately, and from time to time taking a pull at the bota with a relish that the thirstiest tapster in Malaga might have envied; (...) All that night Don Quixote lay awake (...) Not so did Sancho Panza spend it, for having his stomach full of something stronger than chicory water he made but one sleep of it, and, if his master had not called him, neither the rays of the sun beating on his face nor all the cheery notes of the birds welcoming the approach of day would have had power to waken him.

Don Quixote having retired into a grove near the city of Toboso, dispatched Sancho, with orders not to return into his presence till he had spoken to his lady, beseeching her that (...) she would deign to bestow on him her benediction, whereby he might secure complete success in all his encounters and arduous enterprises. Sancho promised to execute his commands, and to return with an answer no less favourable than that which he had formerly brought him. (...)

Sancho now switched his Dapple, and set off, (...) no less perplexed and thoughtful ; insomuch that, after he had got out of the grove and looked behind him to ascertain that his master was out of

sight, he alighted, and, sitting down at the foot of a tree, he began to hold a parley with himself.

" Tell me now, brother Sancho," quoth he, " whither is your worship going ? Are you going to seek some ass that is lost ?" " No verily." "Then what are you going to seek?" " Why I go to look for a thing of nothing — a princess, the sun of beauty, and all heaven together!" "Well, Sancho, and where think you to find all this ?" "Where? In the great city of Toboso." " Very well; and pray who sent you on this errand ?" " Why the renowned knight Don Quixote de la Mancha, who redresses wrongs, and gives drink to the hungry and meat to the thirsty." " All this is mighty well ; and do you know her house, Sancho ?" "My master says it must be some royal palace or stately castle." " And have you ever seen her?" "Neither I nor my master have ever seen her." "And do you think it would be right or advisable that the people of Toboso should know you are coming to kidnap their princesses, and lead their ladies astray! What if, for this offence, they should come and grind your ribs to powder with pure dry basting, and not leave you a whole bone in your skin ?" (...) — the devil, and nobody else, has put me upon such a business !" (...)

" Well," continued he, " there is a remedy for every thing but death, who, in spite of our teeth, will have us in his clutches. This master of mine, I can plainly see, is mad enough for a strait waistcoat ; and, in truth, I am not much better ; nay, I am worse, in following and serving him,

He, then, being in truth a madman, (...) I say, it will not be very difficult to make him believe that a country wench (the first I light upon) is the lady Dulcinea; and, should he not believe it, I will swear to it; and, if he swears, I will outswear him; and if he persists, I will persist the more, so that mine shall still be uppermost, come what will of it. (...)

This project set Sancho's spirit at rest, (...) so he stayed where he was till towards evening, that Don Quixote might suppose him travelling on his mission. Fortunately for him, just as he was going to mount his Dapple, he espied three country wenches coming from Toboso, each mounted on a young ass, (...) Sancho no sooner got sight of them than he rode back at a good pace to seek his master Don Quixote, (...) telling him that he only had to clap spurs to Rozinante, and get out upon the plain, to see lady Dulcinea del Toboso, who, with a couple of her damsels, was coming to pay his worship a visit.

So saying, he advanced forward to meet the peasant girls, and, alighting from Dapple, he laid hold of one of their asses by the halter, and, bending both knees to the ground, said to the girl,

" Queen, princess, and duchess of beauty, let your haughtiness and greatness be pleased to receive into your grace and good -liking your captive knight, who stands there turned into stone, all disorder, and without any pulse, to find himself before your magnificent presence. (...) " O princess, and universal lady of Toboso !" cried Sancho, "is not your magnificent heart melting to see, on his knees before your sublimated presence, the pillar and prop of knight - errantry ?"

O barbarous and evil-minded enchanters! (...) One would have thought it might have satisfied, ye, rogues as ye are I to have changed the pearls of my lady's eyes into cork-galls, and her hair of the purest gold into bristles of a red cow's tail, and all her features from beauty to ugliness, without meddling with her breath, by which we might have guessed at what was hid beneath her ugly crust – though, to say the truth, to me she did not appear in the least ugly, but rather all beauty, which was raised to the highest pitch, by a mole she had on her right lip, like a whisker, with seven or eight red hairs on it, like threads of gold, and above a span long !"

(...) The sly rogue Sancho had much difficulty to forbear laughing, to think how exquisitely his master was gulled. (...)

I am that Merlin who the legends say
The devil had for father, and the lie (...)
In the dim caverns of the gloomy Dis,
(...) there came to me
The sorrow-laden plaint of her, the fair,
The peerless Dulcinea del Toboso.
I knew of her enchantment and her fate,
From high-born dame to peasant wench
transformed
And touched with pity, first I turned the leaves
Of countless volumes of my devilish craft,
And then, (...), hither have I come
To show where lies the fitting remedy
To give relief in such a piteous case.
(...)
For peerless Dulcinea del Toboso
Her pristine form and beauty to regain,
'T is needful that thy esquire Sancho shall,
On his own sturdy buttocks bared to heaven,
Three thousand and three hundred lashes lay,
And that they smart and sting and hurt him well.
(...)

"Not a hand, my own or anybody else's, weighty or weighable, shall touch me. (...) Was it I that gave birth to the lady Dulcinea del Toboso, that my backside is to pay for the sins of her eyes? My master, indeed, that's a part of her- for, he's always calling her 'my life' and 'my soul,' and his stay and prop- may and ought to whip himself for her and take all the trouble required for her disenchantment. But for me to whip myself! Abernuncio!"

"Well then, in God's hands be it," said Sancho; "in the hard case I'm in I give in; I say I accept the penance on the conditions laid down."

The instant Sancho uttered these last words the music of the clarions struck up once more, (...) , the car began to move on, and as it passed the fair Dulcinea bowed to the duke and duchess and made a low curtsy to Sancho.

"Recollect, Sancho," said the duke, "I cannot give a bit of heaven, (...). What I can give I give you, and that is a real, genuine island, compact, well proportioned, and uncommonly fertile and fruitful, where, if you know how to use your opportunities, you may, with the help of the world's riches, gain those of heaven."

"Well then," said Sancho, "let the island come; and I'll try and be such a governor, that in spite of scoundrels I'll go to heaven; (...)

"I hope you will make as good a governor as your sagacity promises; and that is all I have to say; and now remember to-morrow is the day you must set out for the government of the island, and this evening they will provide you with the proper attire for you to wear, and all things requisite for your departure."

"Let them dress me as they like," said Sancho; "however I'm dressed I'll be Sancho Panza." (...)

(...) On reaching the gates of the town, which was a walled one, the municipality came forth to meet him, the bells rang out a peal, and the inhabitants showed every sign of general satisfaction; and with great pomp they conducted him to the principal church to give thanks to God, and then with burlesque ceremonies they presented him with the keys of the town, and acknowledged him as perpetual governor of the island of Barataria. (...)

At this instant there came into court (...) two men, one apparently a farm labourer, and the other a tailor, for he had a pair of shears in his hand, presented themselves before him, and the tailor

said, "Senor governor, this labourer and I come before your worship by reason of this honest man coming to my shop yesterday (for saving everybody's presence I'm a passed tailor, God be thanked), and putting a piece of cloth into my hands and asking me, 'Senor, will there be enough in this cloth to make me a cap?' Measuring the cloth I said there would. He probably suspected- as I supposed, and I supposed right- that I wanted to steal some of the cloth, led to think so by his own roguery and the bad opinion people have of tailors; and he told me to see if there would be enough for two. I guessed what he would be at, and I said 'yes.' He, still following up his original unworthy notion, went on adding cap after cap, and I 'yes' after 'yes,' until we got as far as five. He has just this moment come for them; I gave them to him, but he won't pay me for the making; on the contrary, he calls upon me to pay him, or else return his cloth." "Is all this true, brother?" said Sancho. "Yes," replied the man; "but will your worship make him show the five caps he has made me?" "With all my heart," said the tailor; and drawing his hand from under his cloak he showed five caps stuck upon the five fingers of it, and said, "there are the caps this good man asks for; and by God and upon my conscience I haven't a scrap of cloth left, and I'll let the work be examined by the inspectors of the trade." Sancho set himself to think for a moment, and then said, "It seems to me that in this case it is not necessary to deliver long-winded arguments, but only to give off-hand the judgment of an honest man; and so my decision is that the tailor lose the making and the labourer the cloth, and that the caps go to the prisoners in the gaol, and let there be no more about it." (...) However, the governor's orders were after all executed.

(...) For as he lay in bed on the night of the seventh day of his government, sated, not with bread and wine, but with delivering judgments and giving opinions and making laws and proclamations, just as sleep, in spite of hunger, was beginning to close his eyelids, he heard such a noise of bell-ringing and shouting that one would have fancied the whole island was going to the bottom. He sat up in bed and remained listening intently to try if he could make out what could be the cause of so great an uproar; not only, however, was he unable to discover what it was, but as countless drums and trumpets now helped to swell the din of the bells and shouts, he was more puzzled than ever, and filled with fear and terror; and getting up he put on a pair of slippers because of the dampness of the floor, and without throwing a dressing gown or anything of the kind over him he rushed out of

the door of his room, (...)

(...) "Lift me up," said the wretched Sancho in a woebegone voice. (...) "The enemy I have beaten you may nail to my forehead; I don't want to divide the spoils of the foe, I only beg and entreat some friend, if I have one, to give me a sup of wine, for I'm parched with thirst, and wipe me dry, for I'm turning to water."

They rubbed him down, fetched him wine and unbound the shields, and he seated himself upon his bed, and with fear, agitation, and fatigue he fainted away. Those who had been concerned in the joke were now sorry they had pushed it so far; however, the anxiety his fainting away had caused them was relieved by his returning to himself. He asked what o'clock it was; they told him it was just daybreak. He said no more, and in silence began to dress himself, while all watched him, waiting to see what the haste with which he was putting on his clothes meant.

He got himself dressed at last, and then, slowly, for he was sorely bruised and could not go fast, he proceeded to the stable, followed by all who were present, and going up to Dapple embraced him and gave him a loving kiss on the forehead, and said to him, not without tears in his eyes, "Come along, comrade and friend and partner of my toils and sorrows; when I was with you and had no cares to trouble me except mending your harness and feeding your little carcass, happy were my hours, my days, and my years; but since I left you, and mounted the towers of ambition and pride, a thousand miseries, a thousand troubles, and four thousand anxieties have entered into my soul;"

"Make way, gentlemen, and let me go back to my old freedom; let me go look for my past life, and raise myself up from this present death. I was not born to be a governor or protect islands or cities from the enemies that choose to attack them. Ploughing and digging, vinedressing and pruning, are more in my way than defending provinces or kingdoms. (...)

A reaping-hook fits my hand better than a governor's sceptre; (...) and I'd rather lie in summer under the shade of an oak, and in winter wrap myself in a double sheepskin jacket in freedom, than go to bed between holland sheets and dress in sables under the restraint of a government. God be with your worships, and tell my lord the duke that 'naked I was born, naked I find myself, I neither lose nor gain;' I mean that without a farthing I came into this government, and without a farthing I go out of it, very different from the way

governors commonly leave other islands. Stand aside and let me go; I have to plaster myself, for I believe every one of my ribs is crushed, thanks to the enemies that have been trampling over me to-night."

They all agreed to this, and allowed him to go, first offering to bear him company and furnish him with all he wanted for his own comfort or for the journey. Sancho said he did not want anything more than a little barley for Dapple, and half a cheese and half a loaf for himself; for the distance being so short there was no occasion for any better or bulkier provant. They all embraced him, and he with tears embraced all of them, and left them filled with admiration not only at his remarks but at his firm and sensible resolution.

So at length, with (...) boys capering round them, and accompanied by the curate and the bachelor, Don Quixote and Sancho made their entrance into the town, (...) whom the news of their arrival had already reached. It had been brought to Teresa Panza, Sancho's wife, as well, and she with her hair all loose and half naked, dragging Sanchica her daughter by the hand, ran out to meet her husband; but seeing him coming in by no means as good case as she thought a governor ought to be, she said to him, "How is it you come this way, husband? It seems to me you come tramping and footsore, and looking more like a disorderly vagabond than a governor."

"Hold your tongue, Teresa, (...) let's go into the house and there you'll hear strange things. I bring money, and that's the main thing, got by my own industry without wronging anybody."

During last the three days Don Quixote lived (...) he fainted away very often. The house was all in confusion; but still the niece ate and the housekeeper drank and Sancho Panza enjoyed himself; for inheriting property wipes out or softens down in the heir the feeling of grief the dead man might be expected to leave behind him.

At last Don Quixote's end came, and after he had received all the sacraments, (...) amid the tears and lamentations of all present, he yielded up his spirit, that is to say died.